

pronto, ya le conocíamos el juego, y sin dificultad lo sorteábamos, ahora siento no haberle quitado al perro, pero me dió tanto coraje ver que le pegaba de pistolazos al pobre animal, que por eso mandé formar plaza, pero francamente mejor hubiera querido que acobardado el Sultán se hubiera retirado sin lograr su triunfo, ahora tendremos que estudiar al que lo reemplace y emplear nuestras estratagemas, que nos hubiéramos excusado si evitamos el acontecimiento; pero ya sucedió esa desgracia, y Dios haya perdonado á esos infelices, nadie sabe el fin que se le espera. En cuanto tuvieron oportunidad obligaron al Tapatío á que contara su historia, y continuara con la de Chepe que á los dos los ligaba, y accediendo, comenzó en los términos siguientes :

## CAPÍTULO VI

Historia del Tapatío, segunda parte de la de Chepe  
Botas, y trastornos de familia.

Vamos al cuento, dijo el Tapatío, ya les he dicho que soy Guadaluajareño, natural de Pantitlan y por esta causa me dieron el sobrenombre de Tapatío, con que desde chico me distinguían de otros jóvenes que nos reuníamos para viajar en nuestro giro; digo nuestro, porque desde que salí de la escuela, andaba siempre con mi padre de encomendero, así les llaman por allá en casa á los que se encargan de conducir partidas de animales á su realización, y les pagan por su encomienda un tanto proporcional, ó les destajan precio moderado para dejarles á ganar alguna cosa. Mi señor padre había tenido esa ocupación por muchos años, su buena conducta y legalidad, le dieron mucho crédito con todos los hacendados y rancheros que confiaban á su eficacia y conocimiento sus intereses, anunciaba su marcha y ocurrían á mi casa sus amigos trayéndole los animales que se había propuesto realizar en ese viaje, según él calculaba la buena época de que valieran ó que le habían encargado, como caballada bruta ó mansa, mulada, pastorías, en fin lo que se proporcionaba; como tenía algunos fonditos suyos, también hacía compras por su cuenta para comerciar, se reunía la partida, á cada dueño se le abría su cuenta, á algunos les anticipaba cantidades, y con los aventureros que nos servían de criados en cada viaje marchábamos para Mexico, tierra Caliente, Puebla, ó hasta donde se podía vender la última cabeza, sino era que por todo el camino veníamos realizando, y ya sólo el resto llegaba á la capital; se recogía el dinero, se compraban encargos de los mismos dueños y hasta que regresábamos á la casa, se hacían las liquidaciones, y entregaban los alcances á

cada sujeto. Yo llevaba los apuntes, hacía recogidas, y algunas veces iba solo al viaje por enfermedad de mi padre ó algún otro inconveniente, sin que por eso se resintieran en nada los intereses de los señores que nos dispensaban su confianza, pues conocía yo por el ejemplo de mi padre perfectamente los negocios hasta el grado de que hallándose medio achacoso, yo cubri su lugar y continuamos en el comercio sin contratiempo extraordinario, pues los percances comunes de pérdida de animales, drogas de algunos marchantes, etc., no es fácil poderlos evitar; yo tenía primero una gratificación en cada viaje á proporción de como nos iba, luego me puso mi padre á medias, y por fin, él llevaba la voz, yo tenía todas las utilidades ó pérdidas de las encomiendas, y hacía además de sus compras otras para mí, manejándome mi dinerito por separado; no perdía yo tiempo, pues apenas volvía de un viaje cuando ya me había alistado otro, y hacíamos un negocio muy regular, tenía yo veintiséis años y ya contaba con un puntero regular mío.

Ya hacía más de tres años que estaba yo enamorado de la hija de D. Julián el boticario, quien también hacía veces de médico y cirujano, y aunque no se recibió en la facultad, era muy acertado ó inteligente, de modo que allí hacía de todo, tenía buena fama, era muy eficaz y también estaba haciendo su negocio, pues además de sus visitas y medicinas, emprendía en siembras, comerciaba en semillas, y no tenía un pelo de tonto; su hija única en unión de la mamá, corrían con las cosas de adentro de la botica, hacían los cocimientos, jarabes, etc., y el despacho lo atendía un viejecito dependiente muy honrado; con eso todos medraban y fué progresando D. Julián, compró una casa vieja en la plaza, la reedificó con todas sus oficinas necesarias y le hizo cuantas comodidades le fueran posibles, ya era un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años, su esposa tendría diez menos, y Victorina iba á cumplir diez y nueve; como yo la idotralaba, me parecía una Diosa, mas al decir verdad, era regularcíta de figura, morenita, de ojos grandes, pestaña muy larga y arremangada, nariz afilada, boca rogular, la barba partida, de pelo castaño obscuro y de regular estatura, y lo que más me agradaba era su estilo llano, franco, no era presumida, muy trabajadora y de un genio bellísimo; seguíamos nuestra

amorosa relación muy entusiasmados, guardándonos la mayor consecuencia, y yo sólo esperaba completar siquiera dos mil pesos libres de mi capitalito para verificar nuestro casamiento, pues tanto ella como yo queríamos vivir solitos sin necesitar del auxillio de nuestros tatas; pero al paso que yo tenía tal empeño, no faltaban contratiempos que me impedían lograr mi intento, pues habiéndose por ese rumbo desarrollado la revolución sufrí mil atrasos, detenciones, y pérdidas; en esa época maldecida las convulsiones políticas tomaron más incremento, formando parte una punta de pillos, que improvisando sus guerrillas robaban á mansalva poblaciones enteras, cometiendo mil excesos que les sugería su feroz instinto, y casi era un albur el que jugaba yo en cada viaje, dándome por librado si llegaba á escapar en un camino tan largo de las garras de tantísimo bandido como se soltó por todas partes. Había yo partido para México, cuando una noche se tuvo noticia en el pueblo de la aproximación de los pronunciados que ya estaban muy inmediatos; comenzó la gente á encerrarse, otros á escascar por los sembrados, los tenderos á dar portazos, ocho ó diez indios que custodiaban la cárcel se subieron á la torre y echaron unos cuantos tiros, y en cuanto vieron que se los contestaban, largaron los fusiles y corrieron por las bóvedas á descogarse para el curato y se dispersaron como pudieron. Los valientes pronunciados como de costumbre dieron libertad á los presos, y se dispersaron por el pueblo, á sus depredaciones. D. Julián que sabía muy bien la perversa conducta de aquellos infames, se supuso como era de esperar, que su casa como era una de las principalitas les llamara la atención y fuera una de las que sufrieran el saqueo; no se ocupó sin embargo, más que de decir á su dependiente que atrancara, echó al pozo algún dinerito que tenía junto y alhajitas en triples talegas para que resistieran, y procuró ver cómo libraba á su mujer y á su hija, consultó con ellas y de común acuerdo, les ocurrió salirse por la puerta falsa y ocultándose por las milpas, esconderse en la barranca; diciendo y haciendo se salieron, penetraron por una laborcita, el tránsito de aquellos hombres desperdigados les impidió tomar por los callejones, á cada paso eran detenidos por varios inconvenientes de cercas, zanjas, etc., la noche era obscurísima, y

encomendándose á todos los santos del cielo seguían andando á la aventura, descaminados, sin saber qué rumbo llevaban, hasta que la casualidad les deparó una casuchilla vacía á la salida del pueblo, en un lado del camino, la que sus moradores infelices abandonaron también; calcularon que por ser de una pobre apariencia no les había de llamar la atención, y mucho menos cuando los consideraban engolosinados robando otras mejores, pues aquel jacalito no tenía absolutamente nada de codiciable, se acomodaron en un rincón y á cada galope de caballo, ruido ó voces, renovaban sus oraciones. El alcalde constitucional con cuatro ó cinco vecinos quiso reforzar á los de la torre, pero al ver que habían desaparecido, recogió el parque y armas y se bajó al cementerío, cada uno se atrincheró en una almena de la barda, y á cuantos desembocaban á la plaza les afligian de lo lindo, de manera que eso obligó á los bandidos aquellos á dispersarse y sólo cometer sus excesos por las casas de los suburbios donde no había quien les resistiera. La mía situada á dos cuadras de la plaza no tenía mayor vecindad, pero se subió mi padre á la azotea con sus criados armados, y no se dejaron arrimar á ninguno, á la madrugada, los bandidos en su mayor parte borrachos tocaron retirada, ya tenían convenido el punto, y cada cual se encaminó á él por donde le pareció; el cabecilla con otros cuatro iba pasando cerca del jacalito donde se ocultaba D. Julián, cuando se oyó un tropel de muchos que corrían gritando: — El enemigo, el enemigo, y azotaban sus caballos, tiraban tiros empeñados en aventajarse unos á otros. — ¿Oyes, compadre? dijo el jefe á uno de sus compañeros. — Son esos malditos que como están tomados, vienen jugando, le contestaron. — Pues nos haremos á un lado, no vaya á ser que jugando jugando nos den un pelotazo, los dejaremos ir adelante y mientras nos meteremos en ese jacal. Picó su caballo y todos se metieron dentro, D. Julián arrinconó á sus mujeres y se puso á custodiarlas con su cuerpo, conteniendo todos hasta el resuello, reculó un caballo, le dió un pisotón, metió la mano, le tocó el anca, y tiró un par de patadas, que aunque no le cogieron de lleno fueron suficientes para tirarlo sobre su mujer y su hija, que al sentir su cuerpo caer á plomo, dieron un lastimero grito. — Ola, ola, dijo uno de aquellos bandidos prepa-

rando su carabina, no estamos tan solitos, mi jefe; saca lumbre, Chato, apéate, Lilo, y ten allá fuera los caballos, veremos qué duendes son éstos. — Aquí hay lumbre en el clecuil, dijo el llamado Chato, removiendo el rescoldo, soplando y echando pedazos de tejamanil del tejado, logró que hicieran llama y alumbraran. — Esta es la mía, dijo el tal jefe luego que percibió á Victorina; cógete á la otra, compadre, y vds. amárrenme á ese fantasma. No valieron lágrimas, súplicas ni nada, D. Julián maniatado, mordiendo el suelo de rabia, fué testigo de los brutales excesos cometidos con su mujer y su hija, burlándose todos de la primera, pues la segunda no quiso abandonarla el jefe; se sentó en las ancas de su caballo, le envolvieron la cabeza con su rebozo, le ataron las manos por detrás con un ceñidor, y atravesada en la silla boca abajo como borrego, marchó contentísimo de su hallazgo. Ella continuamente hacía mil esfuerzos para dejarse ir de cabeza, pateaba, quería gritar, pero la férrea mano que la sujetaba hacía inútiles sus tentativas; la posición no podía ser más incómoda, oprimido el estómago contra el fuste de la silla, le hacía difícil la respiración, el rebozo enredado en la cabeza, la sofocaba, sintió que la sangre se le bajaba á la cara, que sus ojos se inyectaban, sus oídos zumbaban, y no pudiendo resistir, colgó la cabeza y se abandonó completamente descoyuntada; entonces el bandido hizo que se la acomodaran en la silla sentada, le quitaron las ligaduras, y privada de sentidos llegó con ella á un rancho situado poco más de una legua del pueblo, rumbo al poniente, que era el camino que llevaban. Los pobres rancheros de aquel lugar habían abandonado sus casas y remontándose, desde que los borrachentos guerrilleros que antes pasaron los pusieron en alarma, de manera que el jefe se encontró con la habitación absolutamente sola, colocó á su presa en el primer petate que halló á la mano, y seguro de que nadie los perseguía, se determinó esperar á que esclareciera el día para continuar su camino con su preciosa carga, procurando entretanto ver si podía hacerla volver de su desmayo.

— ¿Qué sucede, compadre, dijo su segundo, nos vamos ó te esperamos, pues no dilata en reventar la aurora? — Siempre véte yendo, compadre, respondió el jefe, no vaya á ser que esos

muchachos vayan por ahí á descarrilarse, procura juntarlos y me esperan en el contadero de la estancia chica, yo no más aguardo que se recupere tantito esta niña para llevármela. — De que tú te endiosas con las Hijas de Eva eres moro al agua. — ¿Cómo no me he de endiosar, compadre, si esto es un que-rubín? mira qué cosa tan linda, y dándole una fuerte chupada al puro medio alumbró el pálido rostro de su víctima. — Pues ya que Dios te la dió, San Pedro te la bendiga, de veras que eres hijo de la fortuna; ahí queda tu caballo afuera amarrado, y hasta luego. — Hasta luego, y dile á mi asistente que se ponga de centinela en el carril y me avise si hay alguna novedad.

A poco de haber descansado Victorina y recibido el fresco de la noche, fué volviendo poco á poco en sí, y por miedo de que aquellos hombres la mataran se estuvo haciendo la privada y oyendo lo que decían. El jefe con la mayor confianza abrió una ventana que daba para una labor, y estuvo escuchando gran rato, luego puso sus armas sobre un mueble que estaba inmediato á la niña aletargada, y salió á ver en qué sitio quedó su caballo. En este intervalo ella se medio enderezó, á la escasa luz de la madrugada, pudo ver en un instante lo que la rodeaba, y su primer pensamiento fué escaparse por la ventana; pero cuando quiso pararse oyó los pasos del bandido que penetró en aquella pieza, y aunque violentamente se volvió á acostar no pudo hacerlo pronto, y él notó que se había meneado, por lo que presuroso se le acercó haciéndole mil torpes caricias que ella fingía no sentir, hasta que desesperada después de mil proyectos que discurrió se resolvió á poner fin á aquella escena, se medio incorporó rechazando indignada la mano de su verdugo, y exhaló un ay lastimero. — ¿Qué le aflige, chula? ¿qué quiere, mi vida? dijo el bandido. — Tantita... agua, respondió con voz dolorida. — Voy á traerla, querida, y salió en busca de ella; entonces Victorina se enderezó presurosa, de las armas que estaban allí cerca quiso tomar las pistolas, pero dijo para sí: — Yo no sé manejar esto, tengo miedo, mejor es esta daga. La empuñó desnuda ocultándola debajo de su rebozo, se hincó y haciendo mil invocaciones á los santos de su devoción, se sentó sobre los talones y esperó resignada á darle á aquel infame una

puñalada en la primera ocasión oportuna, ésta no se hizo esperar, pues á poco apareció aquel hombre feroz con un jarro con agua, se hincó enfrente de ella en la orilla del petate, y con semblante lleno de maliciosa sonrisa le dijo: — Beba, primorosa, beba, que á mi lado siempre tendrá buen pesebre, y trató de hacerle un cariño en la cara; ella irritada, ofendida, despechada y ciega de cólera, se armó de valor, y sin esperar á más ni darle tiempo á que sospéchara sus intenciones, le sepultó la daga en el estómago parándose llena de susto, y temblando de miedo. El bandolero cayó de espaldas dando un fuerte bramido, y al empezar á proferir una maldición, una bocarada de espumosa sangre que arrojó por la boca, le privó de la vida, y continuó arrojándola también por las narices cual un toro degollado. Victorina azorada y convulsa se brincó por la ventana internándose por las labores, y continuó huyendo aprisa en cuanto se lo permitía su desfallecido cuerpo; estaba tan llena de pavor que no advertía el camino que llevaba, hasta que llena de fatiga se puso á la orilla de una barranca bastante distante del rancho á tomar aliento á tiempo que aparecía el sol por el Oriente, allí con algún reposo empezó á reconocer el terreno, pero por más que se afanaba no pudo saber el sitio en que se encontraba, sin atreverse á continuar andando temerosa de extraviarse por aquellas barrancas y precipicios.

El asistente del bandido que estaba de avanzada, en cuanto vió que el sol salía y su jefe no lo llamaba, se metió al rancho, y fué grande su sorpresa al encontrárselo tirado en el suelo y bañado en su sangre con la daga metida hasta el puño, acomodó el cuerpo en su silla, montó en ancas, y estirando el otro caballo procuró cuanto antes alejarse de aquel sitio, llevándose también cuanto hubo á las manos, y amontonando combustibles les prendió fuego para vengar de algún modo la muerte de su digno jefe, el incendio tomó cuerpo, y esto hizo conocer á sus moradores que se habían ausentado los bandidos, y bajaron precipitados á ver si conseguían apagar ó libertar alguna cosa. Casualmente por donde estaba Victorina apareció un muchachito pastor que llevado de la curiosidad iba para el rancho, allí lo detuvo ella, y á fuerza de súplicas y promesas alcanzó que la acompañara hasta su casa. Se pusieron en camino, y

atravesando sembrados, subiendo y bajando cuestras y barrancas, llegaron á las once de la mañana al pueblo, siguieron cortando camino por las milpas y por fin llegó á la puerta falsa de su casa sin que persona alguna la hubiera visto, llamó presurosa y desde luego le abrió su mismo padre, que con intención de ir en su busca estaba ensillando su caballo; ambos se estrecharon con más elocuencia que las palabras, gratificó Victorina al pastorcillo con una buena gala y éste fué el único que sobre aquella desgracia tuviere algún antecedente insignificativo. Con la madre también hubo iguales sensaciones, y no pudiendo resistir aquella pobre señora tantos golpes y mal trato que tuvieron que emplear aquellos pícaros para burlarse de ella, sucumbió á los treinta y ocho días después de mil padecimientos de todo género. La niña no fué menos estropeada, pero la juventud ayudó á su restablecimiento; D Julián también lleno de contusiones, desesperado de presenciar aquella escena infame, pudo después de haberse marchado los bandidos, desatar con los dientes las ligaduras de su esposa, y ésta ya libre pudo soltarlo, llenos de aflicción y sofocando sus lamentos procuraron cuanto antes volver á su casa, llorando en silencio su infamia y sobre todo la pérdida de su hija; aunque luego trató el padre ir en busca de ella, la quebrantada salud de su esposa demandaba desde luego sus auxilios, y esto lo ocupó hasta la hora en que dejándola recogida en su lecho de dolor, y haciéndose fuerte á sus propios padecimientos, se dirigió al corral á ensillar su caballo, á tiempo que Victorina llamó por la puerta falsa.

Como de este lamentable suceso ninguno tuvo noticia, naturalmente sólo quedó guardado el secreto entre los mismos interesados que sobrevivieron á su desgracia, la hija que sin cesar lloraba, y el padre que no hallaba cómo tranquilizarla. Yo regresé un mes después de la catástrofe, supe el acontecimiento general en el camino, y me volví lleno de inquietud, pero quedé tranquilo al saber que los pronunciados sólo habían hecho algunas depredaciones por los suburbios, sin atreverse á entrar á la plaza ni á ninguna parte donde les hicieron resistencia; estuve á visitar á mi amada y me la encontré muy afligida por la enfermedad de su mamá; notando en su sem-

blante palidez, en sus lindos ojos lágrimas, me supuse que la pesadumbre, desveladas y cuidados, la tenían marchita y atormentada, tomé parte en su pesar procurando por cuantos medios pude consolarla, tratando de que se resignara á quedarse sin madre, pues no dudé de la gravedad de la señora.

Era urgente volver con una partida que mi padre me tenía dispuesta, y lleno de pesar considerando la gran aflicción de mi idolatrada Victorina me despedí, ella como loca me estrechó frenética, derramando un torrente de lágrimas, y se desprendió bruscamente de mis brazos haciendo un poderoso esfuerzo como si ya nunca nos volviéramos á ver, yo atribuí aquel arranque al pesar que dominaba su corazón por la suma gravedad de la madre, mientras la infeliz lloraba no sólo por eso, sino porque había conocido su situación que iba siendo cada día más crítica, y habiéndoselo comunicado á su padre, éste no puso duda en que su desgracia era inevitable. La señora murió á los diez ó doce días después de nuestra separación, yo tuve en ese viaje mil contingencias, y aunque no se perdió el dinero, perdí mucho tiempo en rodeos y otras cosas que me hicieron dilatar casi tres meses; cuando regresé me la encontré de luto, apenas pude hablarle en presencia de su padre, y mi visita más bien fué como de pésame que como de amante, renovó sus lágrimas y nos volvimos á separar, calculando no más echar ese otro viaje mientras se le pasaba el luto, para arreglar nuestro casamiento, y así lo indiqué lo cual puso á la infeliz en más conflicto, pues su estado de gravidez se desarrollaba diariamente. Esa última expedición que conducía yo caballada, fué más penosa que la anterior, pues cuantas guerrillas pululaban por mi tránsito tenían empeño en quitarme la partida, y caminando de noche y con mil rodeos pude llegar á la capital en donde acabé de doblar las manitas, pues huyendo de las llamas caí en las brasas, porque estando disponiendo el gobierno montar gente para sostenerse, no se pararon en el precio los comisionados, pero en cuanto al pago me anduvieron trayendo de Herodes á Pilatos, haciéndome gastar cuanto llevaba y aun entregarme para poder subsistir, hasta que pude lograr una orden de pago para Querétaro; allí volví á sufrir más detención, y en abonos diarios pude con mil afanes y á costa de gratificar á los em-

pleados recoger el dinero, en resumen, me demoré cuatro meses largos, sufriendo una regular pérdida que truncó mi principalito.

En todo este tiempo no faltó quien quisiera reemplazarme, pues siendo Victorina una regular muchacha, y teniendo su padre una fortuna que allí le codiciaban más de cuatro, un tal D. Indalecio empleado en el peaje, que casi fué á dar desnudo dos años antes, echó su manoteada y ya quería pisar más alto y hablar recio porque se había robado alguna cosa, trabó conocimiento con la criada que llevaba poco tiempo de estar sirviendo en la casa, y le preguntó: — ¿En qué estado está la niña? — Muy afligida, señor, muy triste. — ¿Y todavía tiene sus amorcitos con Juan Navarro? — ¿Cuál de los Navarros? — ¡Cómo cuál! Juan el partideño, el hijo de D. Ramón. — Pues yo creo que ya no hay nada, porque si tal cosa fuera se alentaría, no estuviera tan metida en su recámara ni cada rato llorando á excusas del amo. — Seguramente quebraron y por eso es que el sujeto no ha vuelto á poner un pie aquí. — Eso ha de haber sucedido, señor, porque ella no manifiesta ninguna inquietud por su ausencia, y como tal vez lo amaba de ahí viene su pesar, lloriqueos y quejas cuando se encuentra solita. — Pues vamos al asunto, señora, le doy una buena gala como haga vd. que este papel llegue á manos de esa niña, y si logro que corresponda á mis pretensiones, de mi cuenta corre que vd. quede bien puesta. La conquistó y remitió su epístola. Victorina se llenó de indignación al encontrar el papel en su almohadilla, y por no armar mitote despidió á la criada sin entrar en explicaciones; por quantos modos pudo D. Indalecio hacerle saber su amor fueron inútiles, y fastidiado se resolvió á declararse formalmente de una manera más solemne; presentándosele á D. Julián pidiéndole la mano de Victorina con la mayor desfachatez. Sorprendido de aquella demanda, pues no ignoraba nuestra relación, y esto más que todo lo tenía muy afligido, se revistió de paciencia y contestó: — Yo creo que mi niña no piensa tomar estado, mas sin embargo, consultaré su voluntad y dentro de ocho días le daré su resolución. — Está muy bien, señor D. Julián, si vd. quiere tomar informes de mi persona y... — Eso será para más tarde, caballero, primero veremos cómo ella piensa.

Al tercer día de esta ocurrencia llegué yo de mi viaje, luego luego mandé un recado, me informaron de que estaba mala, y esto me puso en sumo cuidado, en la noche á fuerza de repetir en la ventana de su recámara los toquecitos convenidos, logré que muy entrapajada se asomara, á la luz de la luna que muy hermosa brillaba, advertí su rostro marchito, sus ojos inflamados de llorar; su salutación fué alargarme la mano, la que yo tomé frenético entre las mías diciéndole mil ternezas, ella cual una Magdalena prorrumpió en copioso llanto, sin poder articular una palabra; en vano procuré enjugar aquellas preciosas lágrimas que me enloquecían; cuanto más me empeñaba en hacerle cariños, en pintarle mi amor con las palabras más tiernas y las expresiones más dulces, más y más aparecían á chorros inundando sus mejillas, hasta que persuadido de que no era fácil contenerlas, me despedí, ella sola retiró su mano, y al cerrar la vidriera me dijo con voz balbuciente: — Adiós, y sin retentiva continuó sollozando y lamentándose. Yo que desde la calle la escuchaba, hubiera querido romper aquella maldita reja que me impedía precipitarme adentro para consolarla; por fin me retiré lamentando su tristeza, diciendo: — No se puede negar que el corazón de esta niña es muy sensible, el fallecimiento de la mamá la tiene preocupada, cada día la ha de ir extrañando más, le falta su abrigo, echa de menos sus caricias, en fin, era su madre y tiene mucha, muchísima razón para llorarla; con esta acción más me enamora, me encanta y es necesario cuanto antes celebrar nuestro matrimonio, distraerla, desvanecer sus tétricos pensamientos, aliviar sus penas, en suma que tenga otra clase de vida, porque es capaz de perder el juicio si sigue lamentando su orfandad, y si tal cosa acontece era yo capaz de enloquecer también, suicidarme, ó quién sabe qué sucedería conmigo.

Al otro día le declaré á mi padre mis proyectos, le conté sin embozo mi pasión por Victorina, y lo obligué á que desde luego fuera á pedírsela á D. Julián. No lo pudo lograr ver sino hasta en la noche, y como buenos amigos después de los preámbulos de estilo, le comunicó su embajada. D. Julián aunque ya esperaba aquel lance, se llenó de confusión y para contestar algo se limitó á decirle lo mismo que á D. Indalecio, que consultaría

la voluntad de su hija y le avisaría su parecer, no atreviéndose á declararle por vergüenza, el gravísimo inconveniente que había para admitir su proposición, con ánimo de estudiar el modo de confiarle su desgracia en el seno de la amistad, pues teniendo Victorina cosa de seis meses de embarazo era imposible ocultarlo, y la infeliz con pretexto de estar mala no salía de su recámara, donde cargándose su agravante situación desahogaba su pena con llorar.

Mi padre se retiró molesto y agraviado, pues se supuso que su demanda sería desde luego aceptada con gusto por su amigo y al notar su sorpresa creyó que como ya tenía su dinerito, el orgullo le hizo demostrarse con frialdad. — ¿Si no tenias conquistado el amor de esa niña, y granjeádote el aprecio de su padre para que no fuera mal recibida tu pretensión, para qué me comprometes, Juan? me dijo mi padre con marcado malestar. — ¡Cómo no, señor! hace más de cuatro años que nos queremos, hemos tenido la más sincera relación que por grados ha ido convirtiéndose en un amor inextinguible; D. Julián me hace mucho aprecio, y si yo no he publicado nuestra mutua correspondencia, es porque he sabido respetar la virtud de una niña, el honor de su casa y el respeto de su papá; ¿y qué contestó, señor padre? — Allá de una manera indecisa, fría ó qué sé yo; me dijo que consultaría á su hija y me avisaría su resolución; pero yo no he dejado de molestarme porque aunque él es un caballero y con su ciencia está haciendo su fortuna, yo no soy menos y los cuatro tlacos que tengo los he ganado á vista de todo el mundo con el sudor de mi frente; creo que por orgulloso no me gana y yo le haré entender que al enlazarte con su niña, ellos serán los que reciban más honor con el entrecamiento.

Yo no hallaba qué inferir de aquello, en vano fui á tocar á la ventana de Victorina, nadie apareció por allí, había mudado de dormitorio y me retiré lleno de inquietud. Al otro día quise informarme con la criada, y ésta me dijo que la niña se había retirado hasta la última pieza interior, de donde no salía para nada, porque según le parecía su padre había recibido mal la pretensión de D. Indalecio que la fué á pedir para esposa. — ¡Cómo! exclamé sorprendido, ¿ese fífriche-se ha atrevido á se-

mejante cosa? — Sí, señor, la otra tarde estuvo á ver al amo, yo salí á dejar un jarabe al despacho y antes de atravesar por el escritorio estuve oyendo todo, el señor desde ese día está de mal humor y la niña llora sin cesar, por eso creo que... — Ya no quise saber más, la cólera me ahogaba, y empecé á suponerme mil cosas, creyendo que las lágrimas de Victorina eran por burla, que no quería hablarme, porque su crimen le impedía el uso de la palabra, que se ocultaba de mí, porque falsa é inconstante no tenía cara con que verme, y que si ella no hubiera correspondido á aquel infame, no se hubiera tampoco atrevido á pedir su mano sin contar con ella, y tener una confianza para lograr su empresa, con razón me saludó con sarcasmo al pasar por el peaje, en fin, tanto, tanto me puse á pensar y quería en aquel momento hacer, que no hice nada, me daba vergüenza contarle á mi padre aquel incidente, estuvimos muy ocupados todo el día en repartir su dinero á los dueños de la partida, y no sé ni cómo hice las liquidaciones, dificultándoseme más y más tener una entrevista con la ingrata Victorina.

Esa misma tarde ocurrió D. Indalecio á saber la respuesta, D. Julián secamente le dijo que prescindiera de sus pretensiones, porque su hija no pensaba en casarse. — Pero, señor, yo quisiera se sirviera vd. explicarme la causa de su negativa; yo sé muy bien que su corazón está libre, infórmese vd. de mi familia, de quién soy yo, tal vez ese es el inconveniente y... — Nada de eso me importa saber, señor mío, la contestación no puede ser más clara, no quiere casarse con vd. y se acabó. — Entonces tal vez otro ha sido más afortunado, ya caigo, soy un necio, de eso ha dimanado su continuo llorar, el excusarse de las gentes, el no querer contestar á mis cartas, y ese misterio que tanto ha dado en qué pensar á todo el mundo, sí, señor, ya lo sé. — ¡Cómo! ¿vd. ha sabido algo de?... — Todo, señor D. Julián, del cielo á la tierra no hay nada oculto, y le prometo á fe de hombre que ese sujeto no se ha de quedar riendo; no así no más se burla á... — Silencio, D. Indalecio, silencio, pero ese infame ya está juzgado de Dios, y muy caro pagó su... — Eso le habrán contado á vd., esas son supercherías, ese bribón se anda paseando, lo conozco como á mis manos, y aunque su niña no me lo agradezca ni vd. tampoco, yo he de vengar su

ultraje ó me quito el nombre de Indalecio; adiós, caballero, adiós. — Pero, hombre, no vaya vd. á promover un escándalo y ponga la situación más complicada, no solicito su favor, me niego á que tome parte y... — Adiós, adiós, dijo el peajero, saliendo sin querer escuchar nada, ciego de rabia diciéndose a sí mismo: — Voy á alistar mis pistolas y le pego un tiro á ese pícaro de Juan Navarro que se ha mofado del candor de una niña, presume de valiente porque tiene sus medicitos, yo le bajaré el orgullo, castigaré su audacia, y Dios me tenga de su mano.

D. Julián quedó con mucho cuidado, pensando que lo que el peajero sabía iba á causar su pública deshonra, que la desgracia que lamentaban en silencio no era ya un secreto, y temía las fatales consecuencias que de aquello resultaran, cuidándose de no decir nada á su hija por no afligirla más de lo que estaba. Como á las diez de la mañana del día siguiente, lleno de dudas, celoso, y con mil zozobras, no quise tener paciencia, me eché en una bolsa mi puñal, y en otra las cartas y prendas de Victorina, y sin más preámbulos me metí á ver á D. Julián, con el fin de saber de su propia boca mi sentencia, y si su hija había cambiado de modo de pensar como me lo suponía, devolverle sus cosas, decirle cuatro frescas y prescindir de ella para siempre. Me recibió con el afecto de costumbre, me hizo entrar á la sala, y allí solitos le dije: — Señor D. Julián, hace más de cuatro años que su niña y yo nos hemos querido con la pasión más ardorosa, con el amor más firme, como lo puede vd. ver por estas cartas de su puño y letra, aquí están sus prendas que justifican su palabra de ser mi esposa, yo había demorado esta ocasión porque estaba reuniendo con mi trabajo un principalito mío para que no estuviéramos atenedos á nuestros padres, luego la enfermedad de su mamá y después su fallecimiento, han entorpecido mis planes, ahora vengo, exclusivamente á pedírsela, á que vd. bendiga nuestra suspirada unión, en una palabra, á que me haga el hombre más venturoso dándome su consentimiento. — ¡Pero, Juanito, vd. ! — Sí, señor, yo solo quiero saber mi desengaño, tenga vd. mi puñal y si considera que soy indigno de merecerla, sepúltemelo en el pecho antes que escuche de su boca una negativa, por el amor de Dios,

señor D. Julián, que me despene, porque de salir desairado de aquí, prefiero la muerte, he tenido estos últimos días unos tormentos atroces, quiero de una vez palpar un desengaño, me han contado unas cosas que me han traspasado el alma, quitado la quietud, y puesto en el mayor cuidado, se lo confieso á vd. como lo siento, si la indiferencia con que ha tratado vd. á mi padre procede de que yo lo haya ofendido ó cometido algún desacuerdo, castigüeme á mí solo esa falta involuntaria; hábleme vd. con franqueza para corregir mi conducta; dígame ¿qué es lo que debo hacer para granjear su voluntad?

— Nada, nada, Juanito, pero Victorina creo que... — Que ha pensado de distinto modo, ¿no es así? pues bien, señor D. Julián, permítame por lo que más estima, por la memoria de su esposa que le fué tan querida, que le hable á su niña dos palabras aquí en su presencia, quiero que si le he dado algún motivo para esa mudanza me lo diga. — No es necesario, Juanito, yo podré informar á vd. de... — Se lo vuelvo á suplicar, señor, permítame que la vea, que ella misma me dé sus disculpas ó las razones que tenga para demostrarse... — Ya le dije que yo puedo explicarle este misterio y... — Pues yo no quedaré satisfecho, señor, y por el amor de Dios concédame esa gracia, míreme á sus plantas implorando su favor, quiero verla, quiero que hablemos y descorrer este misterioso velo que me ciega, que destroza mi afligido corazón. Tanto insté y supliqué, que al fin el pobre hombre accedió diciendo: — Levántese, Juanito, ya que vd. se empeña sea en buena hora, voy á mandar á Victorina, y Dios los ayude. Se internó para las otras piezas, diciéndose: Quizá ella tendrá más valor para decirle á este pobre muchacho la verdad, me evitaré de esta humillación, y estaré á la vista de lo que acontece para apoyar su dicho, esto ya no puede estar oculto por más tiempo, apuremos de una vez la copa de la amargura. A poco tiempo apareció Victorina cubriéndose la barriga con las puntas de su rebozo y el semblante ruborizado, apenas dió unos cuantos pasos y se sentó en la primera silla que vió más cerca diciendo con voz compungida: — ¿Cómo te va, Juanito? Agachó la cabeza y comenzaron á rodar las lágrimas por sus mejillas. Yo que parado esperaba que como otras veces se arrojara en mis brazos con carita de fiesta, me



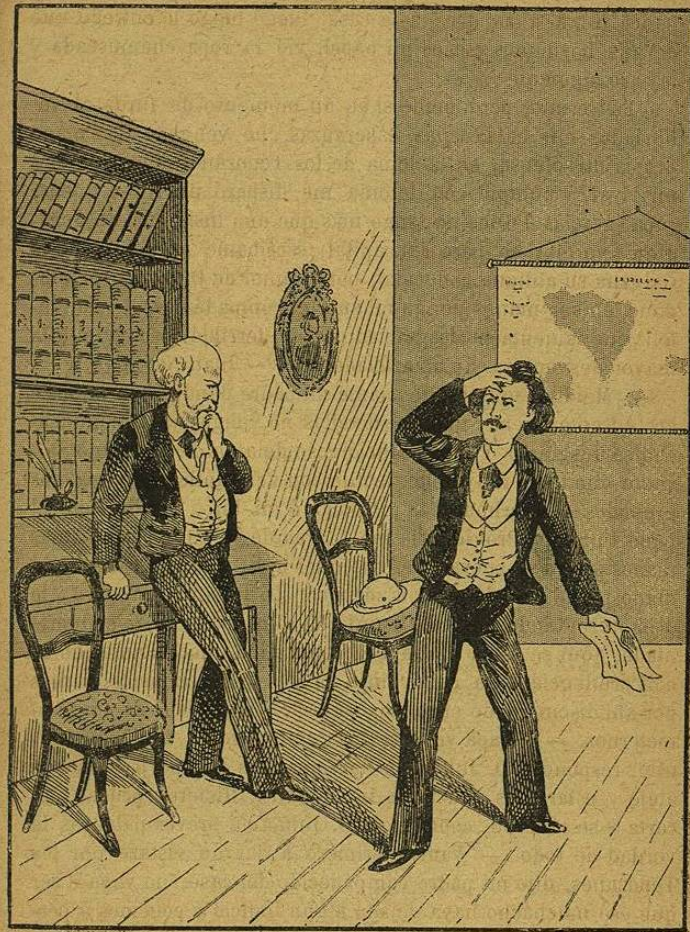
quedé absorto contemplándola, al mirar su desaliño, la palidez de su rostro, su resfrío y sobre todo, sus lágrimas tan fuera de tiempo, sólo pude contestarle con seriedad: — Señorita, buenos días, y me quedé perplejo suponiendo mil cosas que á tropel se agolpaban á mi acalorada mente, mientras ella derramaba un copioso llanto. Así duramos un rato, hasta que encendido en ira me acerqué diciéndole: — Basta ya, Victorina, de fingidas lágrimas que provocan mi paciencia, ahí le devuelvo sus prendas, no hay nada de común entre los dos, demasiado me ha dado en qué entender con su silencio, ya sé el motivo de su mudanza, no ignoro la causa de su tristeza, y en vano ha querido darme la píldora con su mentido sentimiento, ya estoy bien impuesto de su infamia; adiós para siempre. — ¡Cómo! dijo hecha una Magdalena, ¿ya sabes?... — Sí, sí, todo lo he sabido de buena letra, gana que trates de disimular tu infidelidad, tu... — Bastante me resistí, Juanito, sólo por la fuerza pudo... — ¡Qué cuentos ni qué enredos! la que quiere, quiere, la que no grita, como eres tan frágil, tan inocentita y... — Mi propio padre es testigo, sólo la fatalidad, la desgracia que nos persigue; pero ahí está Dios que... — Calla mujer, calla, no tomes á Dios por testigo de tu falsedad; pero te ofrezco que no se saldrán con la suya, voy á darle á ese piojo resucitado más metidas, que besos le dió su madre, y salí precipitado para el patio en lugar de tomar la puerta del despacho, tal era mi aturdimiento y mi cólera. — Estás en un error, Juanito, me gritó parándose á seguirme llena de inquietud. — D. Juan, D. Juan, escúchenos vd., decía su padre presentándose también. Yo en cuanto desconocí el camino volví á entrar á la sala empuñando frenético mi belduque, y parándoseme Victorina enfrente me decía: — ¡Juanito! ¡Juanito de mi vida! atiende á nuestras palabras, por María Santísima, y juntando sus manos en ademán suplicante se le cayó el rebozo y le fuí mirando tamaña barriga, esto acabó de irritar mi rabia, iba ciego á darle una puñalada, pero sólo pude decirle sorprendido: — ¡Esto más! ¡maldita seas! Voy á saciar mi venganza, á traspasarle el corazón á ese maldito peajero. Le di un empujón para abrirme paso, y salí precipitado sin escuchar á nadie, atropellando con cuanto encontré; Victorina cayó atacada de fuertes convulsiones

y dolores extraños, su padre se ocupó en atenderla, y yo me ausenté diciendo para mí: — Con razón estaba tan empeñada en casarse, pues ya les chilló el cochino y no es nada extraño que D. Julián hubiera tratado á mi padre con frialdad, cuando ella me acaba de confesar que está al tanto del negocio, y el viejo con afán se empeñaba en declarármelo para que no hubiera yo visto materialmente su estado infame y degradante. Pregunté á varios por el peajero y me aseguraron que estaba en el barrio de la Asunción jugando gallos, para allá me dirigí derecho cortando camino por varios callejones y al torcer en uno de ellos nos encontramos y luego le dije tomándole un brazo: — Si es vd. hombre y no le tiene apego á la vida, vámonos por ahí lejecitos á darnos una llegada. — Vamos, me contestó, yo le enseñaré á... — Silencio, siga de frente, y si no anda aprisa diré que es un cobarde. Me lo llevé á la loma de los Tepozanes cosa de seis ú ocho cuadras distante, y allí desenvainando mi puñal le pregunté: — ¿Cómo quiere que nos matemos? si no trae armas, tiraré mi puñal y nos rifaremos á las trompadas. — Cada cual se defienda como pueda, me respondió á boca de jarro sin darme tiempo de acabar de hablar; indignado de su alevosía me le cerré metiéndole mi puñal hasta la cacha por un vacío, á la vez que con la mano izquierda le alcé la pistola y le acerté una trompada de revés, él se sesgó al sentirse herido, y fué á dar de costillas sin tener lugar de preparar la otra pistola que sacó con la mano zurda, un borbotón de sangre comenzó á salir de su herida, le iba á dar otra metida cuando lo vi voltear los ojos en blanco, palidecer, y quedarse sin movimiento; preocupado quise estancarle la sangre con mi pañito, pero no era suficiente para cubrir el boquerón; me apagué á manazos mi chaqueta y chaleco que ardían del fogonazo, y sentía sólo un ardorcito en el rozón que la bala me dió abajo del anca. Ya por aquí estoy de más, exclamé, pintemos el venado antes que este asunto se divulgue, y violentamente destapé para mi casa, me mudé ropa, ensillé uno de mis mejores caballos, me llevé otro para remudar, una maleta ligera con lo muy preciso, dinero, y dejándole á mi padre un papelito dándole parte de lo ocurrido, partí á escape sin ser notado de nin-

guno, poniendo en poco tiempo mucha tierra de por medio. Mi padre volvió á las doce á la casa, luego luego le entregó uno de mis hermanos chicos mi papel, vió la ropa chamuscada y leyó lo siguiente :

« Padre mío, perdóneme si en un momento de furor al ver burladas mis halagüeñas esperanzas, he vengado por mano propia mi ofensa, en la loma de los Tepozanes dejo muerto á mi rival, y aunque con felonía me disparó un tiro á quema ropa, gracias á Dios no tengo más que una insignificante rozadura : yo marchó para la capital, escríbame al mesón de la Galvana su antigua conocida ; por el amor de Dios que me perdone, en sus manos pongo mi suerte, compadézcase de este infeliz que lamenta su desgraciado amor, terrible desengaño y la mayor desventura. Su amartelado hijo. — Juan Navarro. »

— ¡Malditas mujeres! exclamó mi padre dándose un manazo en la frente, no hay mal que de ellas no venga; ya este muchacho se desgració. Y luego hincándose delante de un divino Salvador que tenía muy lindo, le dijo con voz suplicante y los ojos preñados de lágrimas : — ¡Protege á mi hijo, Divino Señor ! ¡que tu Santa Providencia me lo guarde, y en tus santísimas manos pongo su suerte! Se limpió los ojos, y con la carta en la mano partió para la plaza á verse con D. Julián : — Vea vd., le dijo presentándosela, este asunto ha tomado un sesgo endemoniado, aquí se versa el honor de su niña, necesitamos obrar con prudencia para evitar más fatales consecuencias, vamos por ahí discurriendo el modo de avisar á la justicia sin comprometernos. — Rompa vd. esa carta en que solito se delata Juanito, respondió D. Julián, le daremos más tiempo para que se aleje y estaremos á la mira indiferentes. Hicieron pedazos mi carta y se salieron, contándole D. Julián en breves palabras la verdad de todo. — Vamos primero á dar un vistazo por los Tepozanes, dijo mi padre compadecido del caso, no vaya á ser que ese muchacho haya dejado algún indicio y echemos á perder el negocio, pues según me dijeron, todos los amigos están por la Asunción jugando gallos. — Vamos, respondió D. Julián. Llegaron al sitio indicado y lo primero con que se encontraron fué con mi pañuelo empapado de sangre, y que en una punta tenía mis iniciales. — ¡ Qué tal! dijo mi padre reconociéndolo,



¡ Yo soy su asesino ! ¡ Soy un infame !...